

HABILIDOSIDADES POLITICAS.

-Un capitulo de maquiavelismo de perro chico.  
"El Mercantil Valenciano".Valencia,29 abril 1917)

# Habilidosidades políticas



## Un capítulo de maquiavelismo de perro chico

Se ha presentado por algunos como un modelo de habilidad política el Mensaje que el Conde de Romanones presentó a S. M. el Rey inmediatamente antes de su última caída—y acaso definitivamente la última—de la Presidencia del Consejo de ministros y tal vez de la jefatura del partido mal llamado liberal. Y como caso de maquiavelismo de perro chico no estará de más examinar brevemente esa habilidad.

Hay que dejar desde luego de un lado el contenido del tal Mensaje, contenido con el que estamos completamente de acuerdo, salvo la manera de expresarse en lo que se refiere a las naciones americanas de lengua española. El contenido aquí es lo de menos. Hubiéralo redactado otro que no el Conde de Romanones u otro de su laya y el Mensaje tendría valor. Pero es cosa sabida que las más solemnes promesas las hace el Conde cuando sabe que no las ha de poder cumplir. O bien se da con él casos como el de aquel proyecto de ley de autonomía universitaria que presentó a las Cámaras, y aprobado en el Congreso y en el Senado y pendiente de un último trámite, hizo el mismo Conde, su autor, que lo enterrase de un golletazo el Duque de Tetuán en el Senado. ¡Y a esto llaman habilidad política!

El Conde dice en ese Mensaje ya famoso como pieza de habilidad política que no debe ni quiere gobernar contra la opinión, como si hubiese nunca gobernado con ella o se hubiese preocupado de hacer opinión en España, que es la verdadera labor de un verdadero político y no urdir elecciones que la falsifiquen.





Se dice que el Conde opinaba por la intervención de España hace ya meses, ya en setiembre del pasado año de 1916. ¿Cómo entonces no se dedicó a preparar a la opinión para ella y cómo no planteó antes ese problema? Sencillamente porque por encima del patriotismo ha estado siempre para él lo de retener la jefatura del partido mal llamado liberal, y para retenerla, retener el poder. Y si al fin ha hecho público su criterio intervencionista ha sido cuando esto no pasa de ser una habilidad que a nada le obliga. Antes había inspirado un artículo: «Neutralidades que matan», como había inspirado otros en sentido contrario, y poder así más tarde confesarse inspirador de unos o de otros. ¿No lanzó acaso en cierta ocasión al Sr. Alcalá Zamora a que hiciese ciertas declaraciones para desautorizarlas luego que vio que caían mal? ¡Y a esto llaman habilidad política!

Cuando sabía que le quedaban pocos días de Presidencia del Consejo de ministros, el 9 de este mes de abril, publicó, actuando una vez más de periodista, un artículo en «El Liberal» de Madrid tratando de contestar al Manifiesto dirigido al país por el Consejo de la Casa del Pueblo de Madrid—y ese Manifiesto ha sido la verdadera ocasión de la crisis última—y en el artículo decía entre otras cosas:

«Sus párrafos dirigidos a los gobernantes no son de crítica acerba, sino de ultraje desenfrenado. Se injuria a los hombres públicos; no se les censura. No se emiten opiniones duras que el propio derecho ampare; sino agravios feroces que las leyes y hasta el propio decoro condenan. Y para educación ciudadana, en vez de reputar a los directores políticos de la sociedad española de desafortunados, si se quiere, se les pinta como hombres de mala fe. Los caudillos obreros saben que esto no es verdad: ¿por qué lo dicen?»

Como no conocemos el Manifiesto del Consejo de la Casa del Pueblo de Madrid, aquél por el que se encarceló a sus autores no sabemos cuáles serían esos ultrajes desenfrenados y agravios feroces de





que se quejaba el Conde; pero sabemos muy bien que una buena parte de los directores políticos de la sociedad española, y en esa parte se cuenta el Conde mismo, se compone de hombres no ya desacertados, sino de mala fe. Compónese de hombres que prometen sin ánimo de cumplir, que tergiversan y falsifican la verdad, que erigen la arbitrariedad en sistema, que venden a los amigos y persiguen con armas prohibidas a los enemigos. Los políticos profesionales españoles forman un montón de carroña moral. Y son en general hombres de mala fe, de muy mala fe, de pésima fe. Y sabiéndolo, como lo sabe muy bien el Conde, ¿por qué lo niega?

La última crisis ministerial estaba latente desde que el Conde de Romanones subió al poder. El maridaje con el Marqués de Alhucemas no era sino ficticio y para mejor poder reñir. (Hay quienes se casan por desesperación y para mejor poder pelearse, o son matrimonios «a fortiori», como para encubrir una falta, y

que acaban, cuando no hoy amor, muy mal.) El Marqués no podía, no debía perdonar al Conde, su consorte, la manera gitanesca con que le birló la jefatura del partido mal llamado liberal y peor llamado democrático. La podrida hueste de politiqueros de carrera, pensionistas del poder y profesionales de la arbitrariedad y del embuste que forman el partido mal llamado liberal estaba y sigue estando en crisis de descomposición. Eso no puede tenerse en pie mucho tiempo y si aun se sostiene es por tristes y tenebrosas causas que hay que ir a estudiar en la historia de las postrimerias de los regimenes caducos y carcomidos.

La crisis ministerial y la del partido mismo que sostenía al ministerio estaba en acción desde que éste, merced a un maridaje precario, llegó al poder. El Conde, que dice no deber ni querer gobernar contra la opinión pública, le temía a ésta, aun en la forma tan apagada y exangüe en que aparece en el Parlamento. Temía un santo horror al Parlamento, donde se





defiende muy mal, sobre todo de sus consorte y consocios en politiquería. Allí, en el Parlamento, es donde debió preparar a la opinión pública para el caso en que España se vea obligada, por dignidad y honor, a romper con Alemania y acaso a intervenir, de un modo o de otro, en la guerra; pero ese hombre que inspiró el artículo «Neutralidades que matan» y del que se dice que ya desde hace meses era partidario de romper la neutralidad, no dejó que en el Parlamento se hablara de ello. Ese director político de la sociedad española no dejó que «para educación ciudadana» se hablase en el Parlamento libre y claramente de la neutralidad y de la posible intervención. Quiso hacerlo todo a cencerros tapados y a espaldas del Parlamento para quedarse siempre con la retirada a cubierto y poder siempre probar la coartada. Es fácil que de haber vencido los Imperios Centrales nos quitase probar que él había sido siempre germanófilo.

Se mantuvo abierto el Parlamento a pesar del Conde, que es un electorero, un intrigante y un tramador de conjuras de pasillos y antecámaras, pero no un parlamentario, y se mantuvo aquél abierto merced a Alba, parlamentario, que acaba de romper del todo con el Conde. Mas en cuanto Marcelino Domingo empezó a arrojar luz sobre eso de Marruecos, el Conde, después de engañarle, se apresuró a cerrar el Parlamento, no fuese que un nuevo general Pavía lo disolviese «manu militari». Que hasta esto podríamos haber llegado. ¡Y a eso es a lo que se llama habilidad política!

Cerró el Conde el Parlamento para poder dedicarse mejor a su característico sistema del doble juego, pero no pudo cerrar lo que de opinión pública, por menguada que sea, hay en España. Y vino el Manifiesto del Consejo de la Casa del Pueblo de Madrid y vió el Conde que se le nublaban el cielo del poder y que podía estallar el conflicto, y entonces hizo que se encarcelara a los autores del Manifiesto, suspendió las garantías constitucionales para evitar que se discutiese libremente.





te la neutralidad y estableció la previa censura. La previa censura contra los que, con supuestos «ultrajes desenfrenados» y «agravios feroces que las leyes y hasta el propio decoro condenan», pontifican de manifiesto la mala fe, que no ya el desacierto, de los directores políticos de la sociedad española al modo del Conde mismo. ¡Y esto era otra habilidad política!

Pero también esta vez le salió mal su habilidad a este Conde que ha venido hundiéndose en prestigio político, en influencia y en poder—¡cuando podía haber hecho tanto!—por pasarse de hábil y cultivar la técnica de la habilidosidad por sí misma. Como no sea que en ese empeño—pueril empeño de una senilidad prematura—por retener el caudillaje del partido mal llamado liberal no entrara el cálculo de legar la jefatura a su primogénito, el Marqués de Villabragima, jefe también futuro de la razón social que con unos u otros accionistas, más bajos o más altos, funciona bajo la firma de Casa Figueroa.

Y cuando su habilidosidad le ha marraído y empieza a tambalearse la jefatura de ese pulpo que se llama partido no sabemos por qué liberal, agárrase al gravísimo problema internacional, y previendo el triunfo de los aliados declaróse intervencionista y acusa al pueblo, y según se ha leído hasta al Rey, de permanecer insensibles a los tiros de Alemania. Y lanza su Mensaje para torpedear al ministerio que sucede al suyo y buscar a la vez en las naciones aliadas contra Alemania, vencedoras mañana, apoyos para poder volver al poder. ¡Y a esto se le llama habilidad política!

Todo lo aquí expuesto no son ni «ultraje desenfrenado» ni «agravios feroces»; no es más que un capítulo de psicología sobre la mala fe, que no desacierto, de los directores políticos de la sociedad española. Y queda escrito como obra de «educación ciudadana» y para que se sepa lo que hay que limpiar.

MIGUEL DE UNAMUNO.

